

El texto sagrado y el género policial como modelos de lectura en la ficción de Borges

Pablo Martín Ruiz

Tufts University

Me gustaría empezar planteando la idea de que los modelos de lectura pueden funcionar como matrices de escritura. Es decir, que la lectura puede ser previa a la escritura, que puede primero desarrollarse un modo de leer y posteriormente escribir textos para que sean leídos de esa manera. Esa es exactamente la situación de la alegoría, que podemos usar como ejemplo paradigmático de este proceso. La alegoría surgió en la Grecia antigua como un modo de leer textos preexistentes que nada indica que hubieran sido escritos alegóricamente. Concretamente, fue desarrollada sobre todo por los estoicos con una doble finalidad: para justificar pasajes moralmente problemáticos de los poemas homéricos, o para presentar a esos poemas como precursores de sus doctrinas filosóficas y de su concepción del mundo. Este modelo de lectura alegórico se desarrolló hasta tal punto, sobre todo promovido por la exégesis bíblica, que siglos más tarde fue retomado por escritores y poetas que empezaron a escribir deliberadamente textos para que fueran leídos como alegorías.¹ El principal objetivo de mi ponencia es pensar la ficción de Borges a partir de modelos previos de lectura, y la tesis que voy a tratar de justificar es que la ficción de Borges puede pensarse, en gran medida, como el resultado de fusionar o

¹ Este largo proceso está detalladamente analizado por Robert Lamberton en su espléndido libro *Homer the Theologian*.

combinar dos modelos de lectura en particular, el del texto sagrado y el del género policial, que Borges identifica tempranamente.

Una de las facetas más interesantes del Borges lector es su capacidad para leer modos de leer. Para empezar a analizar este aspecto de Borges, propongo detenernos en dos de las conferencias que pronunció hacia el final de su vida. Una de esas conferencias, de julio de 1977, tuvo por tema la cábala. Lo que más le interesa a Borges de la cábala es el procedimiento de lectura cabalístico, que él presenta mediante una suerte de reducción al absurdo, al imaginar a un cabalista leyendo el *Quijote*. Este cabalista lee el *Quijote* y somete sus palabras a operaciones de permutación de las letras, de asignación de cantidades numéricas, de combinación con otras palabras aisladas, y trata de deducir sentidos a partir de esas operaciones. Un pasaje muy parecido se encuentra en una conferencia sobre el cuento policial pronunciada un año más tarde, en junio de 1978. Nuevamente el *Quijote* es sometido a una lectura que le es ajena: esta vez la de un lector del género policial que sospecha de los datos aportados por el texto y elabora conjeturas inútiles acerca de un texto que cree que lo engaña. En esta conferencia, Borges coloca al cuento policial inventado por Poe dentro del contexto más amplio de la concepción de la creación literaria de Poe, una concepción que Borges llama “intelectual”, ya que consiste en postular a la mente, y no al espíritu, como el agente de la composición. En el comienzo de esta conferencia, Borges destaca que Poe es no sólo el inventor de un género sino también de un tipo de lector, de una particular manera de leer.

Tanto el género policial como la cábala ya estaban muy presentes en la reflexión que Borges emprende en los primeros años treinta y que define su poética, su propio arquetipo de escritor. Los ensayos “Leyes de la narración policial” y “Los laberintos

policiales y Chesterton”, así como numerosas reseñas de novelas policiales, o la labor de antólogo a la que se dedica, son signos de la importancia que el policial tiene para Borges en esos años. Le atraen del policial la necesidad de inventar con rigor, la exigencia de planificar y diseñar la trama, una particular relación con la verdad, y sobre todo el nuevo lector, el nuevo modo de leer que impone el género: la lectura de la sospecha, la lectura paranoica de quien busca evitar ser engañado.

La cábala también aparece en la reflexión de Borges de esos años, como lo testimonia el ensayo “Una vindicación de la cábala”, de 1931. Este ensayo propone al texto sagrado, del modo en que es leído por ciertas tradiciones exegéticas, como el modelo y la aspiración del texto literario; un texto cuyo significado potencial se expande indefinidamente y que puede ser sometido a interpretación sin fin. Este ensayo de Borges sobre la cábala debería ser descrito como una teoría de la lectura en relación a supuestos de composición. Borges recurre a la cábala porque en esa doctrina el proceso de lectura es llevado hasta el límite. El fervor exegético de los cabalistas no es, sostiene Borges, un acto irracional de insensatez, sino la conclusión lógica que se sigue del postulado que los cabalistas han adoptado: que las Escrituras son el producto de una mente absoluta e infinita. Por lo tanto, la injerencia del azar en su composición es nula. Una vez admitido ese postulado, no hay manipulación textual que resulte excesiva. Tomando esa doctrina como parámetro, Borges promueve un esfuerzo paralelo por parte del autor literario. Para Borges, el texto ideal está en el límite del esfuerzo intelectual del escritor, que guía la construcción de su obra de modo de reducir cuanto sea posible la participación del azar en el proceso de composición. Y el autor ideal es aquel que fuerza su mente en dirección al intelecto absoluto, y que aspira a producir textos que incluyan la promesa de múltiples

sentidos posibles y que pidan ser leídos de ese modo particular. La identificación entre el texto literario y el sagrado es recurrente en Borges. En otra de sus conferencias del año 1977, esta vez sobre la poesía, Borges comienza recordando dos citas sobre las Escrituras: una de Escoto Erígena, el teólogo medieval irlandés, y la otra de un cabalista medieval anónimo. La primera se refiere a los infinitos sentidos del texto bíblico, la otra a la idea de que hay tantas Biblias como lectores de la Biblia. Y agrega: “Me atrevo a decir que son exactas, no sólo en lo referente a la Escritura sino a cualquier libro digno de ser releído” (*OC III 278*). Para Borges el texto sagrado ha sido constantemente un modelo para el texto literario, y lo pensó sobre todo en términos de mecanismos de lectura y de lectores.

Pero pongamos la cuestión de los dos modelos de lectura en términos más concretos. Todos hemos tenido, como lectores de Borges, una doble experiencia. Por un lado, la experiencia de haber aceptado algo que finalmente se revela como falso o engañoso, o al menos la experiencia de tener que medir nuestra dosis de credulidad, cierta prevención para evitar tomar como existente algo que es en realidad ficticio, o viceversa. La experiencia poética que nos propone Borges muchas veces es la opuesta de la que promovía Coleridge: la voluntaria suspensión no de la incredulidad sino de su contrario, la credulidad. El género policial es por cierto el género que ha dado vida a esta modalidad de lectura. Por otro lado, todos hemos tenido otra experiencia como lectores de la ficción de Borges, y es la de haber percibido tardíamente sentidos o posibilidades de los textos que, si bien estaban ahí, sólo empezaron a ser visibles a partir de la lectura repetida, o de la conexión de esos textos con datos o con información que no teníamos. A partir de esta doble experiencia en tanto lectores, podemos postular que Borges es también el inventor

de un nuevo tipo de lector. Un lector que, para simplificarlo en un esquema, surge de combinar los procedimientos de la exégesis religiosa, que confieren potencialmente sentido plural a cada parte del texto, con la desconfianza y suspicacia del lector del género policial, que trata de anticiparse a las trampas que el escritor de policiales le tiende.

Esta combinación del texto sagrado y del género policial yo diría que es una de las marcas centrales de la ficción de Borges. Al punto que podemos considerar la fusión de estos dos modelos de lectura como su gran experimento en el ámbito de la ficción. Un experimento que concibió temprano en su carrera de narrador y que deliberadamente se propuso llevar a cabo. Como Borges mismo diría, el experimento salió tan bien que nadie se dio cuenta de que se trataba de un experimento. En realidad, apenas necesitamos especular acerca de este proyecto: él lo declara casi explícitamente al comienzo mismo de su ficción. Sus instrucciones de lectura se encuentran incluidas en uno de los cuentos que Borges a veces señalaba como su primer cuento: “El acercamiento a Almotásim”, publicado en 1936. Recordemos que este texto adopta la forma de una reseña sobre una supuesta novela hindú del mismo nombre. En el párrafo inicial, Borges incluye comentarios críticos que atribuye a otros dos comentaristas y que describen la novela, en un caso, como una “combinación algo incómoda” de poemas alegóricos del Islam y de novelas policiales clásicas, y en el otro caso, como una obra escrita “bajo la doble, inverosímil tutela” de Wilkie Collins, autor de novelas policiales, y del poeta persa Attar, autor de poemas religiosos. Borges resume así estos comentarios: “Esencialmente, ambos escritores concuerdan: los dos indican el mecanismo policial de la obra, y su *undercurrent* místico.” (OC I 414)

Lo que quiero proponer en esta ponencia es que esa “combinación algo incómoda”, esa “doble, inverosímil tutela”, como Borges la llama, es el anuncio temprano de una de las sólidas fundaciones de la ficción de Borges, que buscó combinar de diversas maneras esos dos elementos: “el mecanismo policial” y el “*undercurrent* místico”. Dicho de otra manera, que gran parte de la ficción de Borges puede pensarse como producto de la matriz de los modelos de lectura que Borges detecta en el texto sagrado y en el género policial, lo que lo hace llevar al cuento procedimientos hasta entonces inéditos en la práctica del género. Esos procedimientos, con los que ahora sus lectores estamos tan familiarizados, surgen de concebir el ideal del cuento como un texto sin contingencia, en el que todo está, o debe tender a estar, calculado, previsto y justificado. No sólo en el sentido de Poe, que predicaba que todo en un texto literario debe estar supeditado al efecto final buscado, sino en un sentido aún más amplio, que agrega a esa exigencia la de la posibilidad de una pluralidad de sentidos y niveles de significación, cifrados en símbolos, referencias, nombres, recursos formales, alusiones; procedimientos que la incesante acumulación de interpretaciones y comentarios de sus textos no hace más que confirmar.

Mucho se ha escrito sobre Borges y el género policial, que está presente de múltiples maneras en su ficción. Pero igualmente múltiples son las presencias y figuraciones del texto sagrado. Veamos algunos casos. El objeto al que Borges llama Aleph puede verse sin mayor dificultad, en tanto elemento que incluye y refleja la totalidad, como una alusión o cifra del texto sagrado, como también lo indica la referencia cabalística de su nombre. “La biblioteca de Babel”, cuyo título alude directamente a la Biblia, y “El libro de arena”, que comienza con la llegada de un

vendedor de biblias, son otras instancias de esto mismo. Y recordemos que Borges nombra al Zahir a partir del nombre de una de las escuelas de exégesis del Corán; es decir que el texto sagrado como modelo de lectura está también presente en la concepción misma de este cuento.

También son múltiples las instancias en las que la lectura de la sospecha es destacada explícitamente por Borges. En su ficción abundan frases que funcionan como instrucciones de lectura diseñadas para modelar y dar forma a su lector. Recordemos el primer párrafo de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, el primer cuento de *Ficciones*, en el que Borges incluye la frase frecuentemente citada acerca de una narración en primera persona en la que el narrador “omitiera o desfigurara los hechos e incurriera en diversas contradicciones, que permitieran a unos pocos lectores —a muy pocos lectores— la adivinación de una realidad atroz o banal.” (OC I 431) No cuesta mucho reconocer en este lector al lector creado por el género policial. Borges extrae a este lector —cuya fe es la paranoia, y cuya tarea es sospechar, desconfiar y evitar ser engañado— del género policial en el que se originó y lo coloca en el centro de su propia ficción. Incluso esta formulación que aparece en “Tlön” puede también relacionarse con el texto sagrado. Es común encontrar en las tradiciones exegéticas religiosas la idea de que sólo unos pocos lectores serán capaces de encontrar el verdadero sentido del texto. Hay otros cuentos en los que este lector que tiene que sospechar es convocado. En “La lotería en Babilonia”, el narrador dice: “Yo mismo, en esta apresurada declaración, he falseado algún esplendor, alguna atrocidad” (OC I 460). Y en “El congreso”, el narrador advierte: “No falsearé deliberadamente los hechos, pero presiento que la haraganería y la torpeza me obligarán, más de una vez, al error” (OC III 20). En ambos casos se trata de narraciones en primera

persona en las que hay declaraciones de los narradores que hacen que el lector dude de lo que esos narradores cuentan.

Pero me gustaría detenerme en otro cuento de *Ficciones*: “Examen de la obra de Herbert Quain”, cuento que considero central por una serie de motivos, uno de los cuales es especialmente relevante para lo que ahora me interesa comentar. Me refiero a uno de los libros que Borges le atribuye a Herbert Quain, la novela *The God of the Labyrinth*, o sea, “el dios del laberinto”. En esta novela aparece la conjunción directa de ambos modelos: por un lado, se trata de una novela policial; por otro lado, su nombre, *The God of the Labyrinth*, es casi una definición de texto sagrado. Tanto la Biblia como el Corán han sido descriptos por teólogos y exégetas como laberintos de palabras y de sentidos, entre los que se adivina la presencia de Dios. Por otra parte, el rol del lector en esa novela imaginaria es llevado a un protagonismo máximo: recordemos que se trata de una novela policial cuya solución queda reservada al lector, que es quien debe darse cuenta de que la solución ofrecida en el texto es falsa y encontrar la solución verdadera.

Este proyecto de novela imaginaria es aún más importante en la medida en que podemos postular que su plan corresponde a un cuento posterior de Borges, al que la crítica ha mirado con cierta perplejidad: me refiero a “Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto”. Sin entrar en el análisis detallado de este cuento, señalemos simplemente que se trata de una trama policial clásica, que empieza con un asesinato enigmático y que termina con una propuesta de solución por parte de uno de los personajes. Pero lo que no había sido percibido es que el cuento está escrito de modo que el lector pueda postular una solución alternativa a la solución poco convincente propuesta en el texto. Más concretamente, que puede ser leído de modo de ver gran parte de la historia que enmarca

al asesinato como la invención fantasiosa de uno de los personajes, el rector Allaby, lo que por otra parte lo transforma en el principal sospechoso del crimen.²

Por otra parte, los dos amigos que protagonizan ese cuento, un matemático y un poeta, son también figuras de lector y encarnaciones de dos modos de leer opuestos, manifestados en el exceso de credulidad del poeta y en el exceso de suspicacia del matemático. Todo esto hace que “Abenjacán” pueda verse como el cuento en el que el lector de Borges, surgido en gran medida de la fusión de esos dos modelos de lectura, llega a su culminación. Podríamos decir que el desarrollo de este lector que Borges se pasó de algún modo su vida literaria inventando, dibuja entonces un arco que se inicia con los párrafos iniciales de “Acercamiento a Almotásim” y de “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, en los que nace, y se cierra más de quince años después con “Abenjacán el Bojarí, muerto en su laberinto”, el último cuento que Borges agrega a *El Aleph* y que había sido anticipado años antes en “Examen de la obra de Herbert Quain”. Teniendo en cuenta el rol único y privilegiado que el lector parece tener reservado en “Abenjacán”, no será excesivo proponerlo como el cuento paradigmático de esa poética y por lo tanto como un cuento central en la narrativa de Borges.

Pero antes de terminar hay algo más que me gustaría sugerir. Que esta fusión de los dos modelos de lectura va para Borges más allá de la lectura y la composición de literatura. Que esos dos elementos que Borges intenta yuxtaponer, el texto sagrado y el policial, pueden a su vez verse como figuras de dos tradiciones intelectuales histórica y conceptualmente divergentes: la exégesis religiosa por un lado y el pensamiento analítico

² Esto es algo sobre lo que ya escribí anteriormente. Para un análisis detallado, ver “El último cuento policial de Borges y lo que había en el laberinto”, *Variaciones Borges 14*. En ese artículo está también el germen de la idea de la fusión de modelos de lectura que esta ponencia desarrolla y fundamenta.

por el otro, la hermenéutica y la lógica, una basada en la interpretación y la analogía, y la otra en el razonamiento y la deducción. Dos líneas que, a su vez, se corresponden con las dos tradiciones reconocibles a lo largo del siglo XX y todavía presentes en la actualidad como escuelas filosóficas contrapuestas: la filosofía continental y la filosofía analítica, una asociada principalmente con ciertas corrientes alemanas y francesas, y la otra asociada sobre todo con el pensamiento anglosajón. Esto tal vez nos permita explicar un hecho bastante notable, al que la crítica no le ha prestado la debida atención. Es el hecho de que Borges es reconocido como referente por pensadores de tendencias intelectuales opuestas que ni siquiera se leerían entre sí. Si pensamos en la tradición continental o hermenéutica, más próxima a los estudios literarios y de la que proviene gran parte de la teoría literaria, vemos que Borges y sus ideas están presentes en obras, por ejemplo, de Foucault, Derrida, Deleuze, Lyotard o Blanchot. Estos nombres han sido repetidamente mencionados por la crítica al referirse a la influencia y al legado de Borges. Mucho menos mencionados o directamente ignorados son nombres que pertenecen a una tradición muy diferente, de pensadores próximos a la tradición analítica, como Daniel Dennett, Douglas Hofstadter, Steven Pinker, Martin Gardner o Raymond Smullyan, vinculados a la filosofía de la mente, a las ciencias cognitivas y del lenguaje, a la matemática o a la lógica, y que también han manifestado admiración por las ideas de Borges. No es un logro menor. De hecho, no sé de alguna otra figura del panorama intelectual del siglo XX de la que pueda decirse lo mismo.

Una explicación que podemos aventurar es que Borges no sólo percibió dos modelos de lectura diversos provenientes de esas dos tradiciones enfrentadas y que él buscaría combinar en su ficción, sino que también hizo el esfuerzo intelectual de explorar

y entender las posibilidades y los límites de ambas tradiciones de pensamiento. Y que como resultado de ese esfuerzo deliberado logró formular ideas que fueran inteligibles y significativas para las dos escuelas disidentes, como si hubiera creado un ámbito propio del pensamiento, gobernado por reglas y conexiones hasta entonces raramente intentadas.

Bibliografía

Borges, Jorge Luis. *Obras completas*. 4 vols. Barcelona: Emecé, 1989-96.

Lamberton, Robert. *Homer The Theologian. Neoplatonist Allegorical Reading and the Growth of the Epic Tradition*. Berkeley, Calif.: University of California Press, 1989.